

LEJANIA Y CERCANIA DE ALFONSO X EL SABIO

Tol 72382

Excelentísimas autoridades,
Señores Académicos,
Señoras y señores:

Permitidme, en primer lugar, un recuerdo personal. En 1939, recién terminada la Guerra Civil, un grupo de niños ingresábamos en el viejo Instituto de Enseñanza Media, para cursar el bachillerato. Nos recibió aquel imponente edificio, conocido hoy por Palacio Universitario Lorenzana; nos acogían aquellas imponentes columnas, entre las cuales teníamos, por extraño que parezca, nuestros sencillos juegos infantiles. Casi todas las aulas tenían inscritas en las paredes largas listas de hombres célebres, máximas glorias de nuestra cultura. Precisamente recibíamos las enseñanzas de la asignatura de Dibujo en una espaciosa aula, la del ángulo noroeste, atestada de vaciados de escayola y reproducciones de esculturas clásicas. También en este aula (creo recordar) había una lista de nombres celebérrimos. Yo entonces desconocía, claro es, la historia de este edificio; aquella sala había servido como cátedra de Teología en los últimos tiempos de la universidad toledana. Sobre el techo del aula, en letras aún mayores, había una frase breve, que ahora quiero evocar aquí. Decía lacónicamente: **EL HOMBRE SE MUEVE. DIOS LE GUIA.**

No sé de quién es tal sentencia, aunque tiene todo el carácter de aquellas frases lapidarias que esmaltan los escritos de San Agustín; tal vez de su tratado *De Civitate Dei*. Sea de quien fuere, es un buen resumen de la visión providencialista de la historia. El hombre se mueve, la humanidad avanza por el camino del tiempo, en el decurso de su vida, siempre hacia mayores cimas de libertad, de justicia, de prosperidad material. El camino es tortuoso, y a veces la humanidad retrocede y pasa por épocas de crisis y decadencia. El hombre goza de libre albedrío, pero a la vez se siente limitado por los inevitables condicionantes de una organización social dada, que no puede cambiar a ritmo rápido. Los hombres se agitan arrastrados por sus ideales, a impulsos de ideologías más o menos atractivas, en cuyo seno se esconden nobles ideas humanitarias o entusiastas arranques de religiosidad. El hombre se mueve, pero en su pequeñez, si no le ofusca la soberbia, se reconoce guiado por la

mano del Creador y dirigido, en último término, por los invisibles hilos de la divina providencia.

Así, el hombre ha recorrido ciertamente en sólo diez mil años un camino fulgurante desde la oscuridad de la prehistoria hasta nuestro tiempo, en que ha sido capaz de volar incluso fuera de su espacio atmosférico y poner su planta sobre el satélite lunar. Con esta perspectiva, con el telón de fondo de la lejanísima prehistoria, los siglos medievales se nos aparecen cercanos, muy próximos a nosotros en el tiempo, en las preocupaciones de sus hombres y en las vicisitudes de su historia.

Mañana se cumplen siete siglos de la muerte en Sevilla del rey Alfonso X, llamado con justicia *el Sabio*, en la prematura vejez de sus sesenta y dos años cumplidos. Su vida y su circunstancia política son apasionantes; su época, una de las más gloriosas de toda nuestra historia cultural; su vinculación con Toledo, la de un hombre nacido dentro de sus murallas, en aquellos palacios regios construidos sobre el balcón natural del Miradero, que fueron después monasterio de San Pedro de las Dueñas, convento de Santa Fe y últimamente Colegio de Religiosas Ursulinas.

Todo ello nos mueve a recordarle en este séptimo centenario de su muerte, evocándole en su lejanía, pero también en la relativa cercanía de una personalidad con problemas políticos parecidos, en más de un aspecto, a los nuestros; un hombre que conoció nuestras calles y plazas, que pisó nuestra Catedral, entonces en plena construcción; que tuvo sueños de dominio imperial sobre una Europa que le miraba con recelo y acabó rechazándole para el alto puesto rector a que aspiraba, al que tenía cierto derecho por su sangre, la mitad de la cual era alemana, como hijo de la princesa Beatriz, hija del duque Felipe de Suabia, que había sido elegido emperador.

En casi todas sus empresas políticas fracasa el Rey Sabio, desde sus anhelos a dominar directa o indirectamente Portugal y Navarra a sus aspiraciones a la corona imperial de Alemania. «¿Qué ha sacado —pregunta Solalinde en su fina semblanza sobre Alfonso X— de sus tristes ambiciones? Unas cuantas bodas y un título huero para andar por el mundo, nunca para usarlo dentro de su patria, donde era mal visto.»

La figura del rey

De los textos de las Partidas y de las miniaturas de los códices procedentes del *scriptorium* real surge la efigie de este monarca del siglo XIII, vistiendo «paños de seda con oro et con piedras preciosas», trayendo «quando facie sus cortes, corona de oro con piedras muy nobles et ricamente obradas», con viejos camafeos, rodeado de sabios y maestros, de músicos y ministriles, como le contemplamos en la viñeta de un manuscrito de las *Cantigas*. El rey aparece como un hombre de estatura corriente y cara redonda, tal vez de ojos azules, aunque el pelo de la melena parece ser castaño. Era hombre «mañoso en la caza», ya que ésta (piensa él) no sólo es útil para la salud, sino «arte e sabiduría de guerrear et de vencer».

En las *Partidas* se nos habla extensamente de la importancia del matrimonio del rey y cómo éste «debe amar et honrar et guardar a su mujer». Alfonso se casó en 1246 con doña Violante, hija de Jaime I el Conquistador y de su esposa Violante de Hungría. Las bodas se celebraron en Valladolid, pero la infantita aragonesa tenía solamente doce años, por lo que se calcula que su matrimonio no se consumó hasta 1249. Don Alfonso no se contentó con tener a doña Violante como «su compañía en los sabores et en los placeres». Desde hacía varios años estaba enredado en amores con doña Mayor Guillem de Guzmán, dama de gran nobleza y extraordinaria belleza, que le dio, a lo que parece, tres hijos: doña Beatriz, que fue reina de Portugal; doña Urraca, y don Martín Alfonso, clérigo y abad de Valladolid. Parece seguro que esta boda con doña Violante tenía una finalidad política: resolver las diferencias con Aragón. Doña Violante le dio además once hijos. Era dama, según indican algunas crónicas, celosa, intrigante y deseosa de poder. Sobrevivió a su esposo y como reina viuda tomó parte activa en la política castellana hasta el mismo año de su muerte, el 1300; vino a morir a Roncesvalles, de regreso de Roma, adonde había ido a ganar el jubileo.

El rey don Alfonso tuvo al menos otro hijo natural, de doña María Dalauda, que en los documentos se firmaba «Alfonso Fernández, fijo del rey». El apellido lo debió tomar del nombre de su abuelo, don Fernando. Pero era más conocido por Alfonso *el Niño*, y fue origen de la noble familia de los Niños, una de cuyas ramas tenía casas en Toledo en el siglo XIV.

Continuador de la obra de Fernando III

Durante la primera mitad del siglo XIII los tres reinos cristianos con fronteras al Islam realizan un avance impresionante en su labor de conquista de las tierras andalusíes. Ello presupone una densa población, un creciente desarrollo económico, el prestigio de sus monarcas, caudillos indiscutidos de sus ejércitos, el apoyo entusiasta de la jerarquía de la Iglesia y, por supuesto, la activa colaboración del estamento nobiliario, especialmente preparado para dirigir la guerra.

Es evidente que la principal tarea de Fernando III durante su largo reinado de treinta y cinco años fue la de combatir a los musulmanes para arrojarlos de la Península, sacando el mayor partido posible a un triunfo tan claro y decisivo como el de las Navas de Tolosa, ocupando así todo el territorio de Al-Andalus. Primeramente, su objetivo fue el reino de Córdoba, con su capital, la pobladísima y antigua sede de los califas andalusíes. Después, Murcia, Jaén, Sevilla. Durante los últimos años de su vida llevó sus conquistas hasta el golfo de Cádiz.

En rigor, lo mejor del reinado de Alfonso X no es otra cosa que un intento de continuar la labor paterna. Incluso los mejores logros de su mecenazgo cultural habían sido iniciados en tiempos de su padre, don Fernando. Recordemos que este último había protegido eficazmente la universidad de Salamanca con varios e importantes privilegios. Fernando III fue el impulsor de muchas obras monumentales, como las fábricas catedralicias de Burgos y Toledo. Ya en su reinado se preparaba la redacción de un código legal renovado, y él otorgó el *Fuero Juzgo*, traducido al juvenil romance castellano, a numerosas villas y ciudades.

La política del Rey Sabio

La preparación cultural, militar y diplomática del infante primogénito de Fernando III parece ser perfecta. Contaba ya treinta años cumplidos cuando asciende al trono castellano, en mayo de 1252. Tenía por delante un reinado de treinta y dos años, lleno de luces y de sombras.

No quisiera acentuar éstas, pero en el campo político no se pueden disimular sus graves fallos. Fue el suyo un reinado que contempló enconadas rencillas familiares, con enfrentamiento de hermanos, a uno de los cuales, don Fadrique, mandó matar en 1277.

Hubo, con frecuencia, decisiones carentes de fines claros y de coherencia política. El monarca removi6 cuestiones pendientes con otros reinos peninsulares, cuyo 6nico fruto fue envenenar las buenas relaciones con ellos. No supo o no pudo evitar las sublevaciones de los campesinos moriscos del reci6n conquistado reino de Murcia, con el resultado de hacerse inevitables las expulsiones masivas, que no beneficiaron sino al estamento nobiliario.

Pero el lado m6s negativo de su pol6tica es «el fecho del Imperio», aquella costos6sima, tenaz pero imprudente pretensi6n a coronarse emperador del Sacro Imperio, en que gast6 grandes sumas, pretensi6n siempre fallida por vacilaciones y errores diplom6ticos. Este hecho parece poner de manifiesto el peso de su ascendencia materna, con su constante atenci6n a los asuntos europeos; af6n de protagonismo incompatible con la pol6tica seguida por su padre, orientada a acabar cuanto antes la total anexi6n de las tierras peninsulares ocupadas por los 6rabes, tarea que se prolongar6 a6n por espacio de dos siglos, tal vez a causa de esta preterici6n.

Lo cierto y evidente es que el reinado de Alfonso X es una 6poca de crisis, despu6s del ascenso y plenitud de la primera mitad del siglo XIII. Castilla aparece, si no agotada, s6 como cansada, tal vez por el gran esfuerzo repoblador del reinado precedente. Para repoblar Murcia, C6rdoba y Sevilla hubo, naturalmente, que donar casas y heredades a todos los componentes del ej6rcito conquistador, que se ver6an obligados a traer sus familias de sus lugares de origen, dejando vac6as casi siempre otras tantas casas. Este vac6o demogr6fico necesitaba muchos a6os para reemplazarse. Sobre esta convulsi6n popular escribe el profesor Vic6ns Vives que «alter6 el ser de la sociedad castellana, feudaliz6 la Meseta Norte, vaci6 de humanidad las tierras de Castilla la Vieja, dio prepotencia a los caballeros en los concejos castellanos y arm6 de codicia a los nobles afincados en Andaluc6a». Tal vez todo ello fuera inevitable, pero el saldo es claramente negativo.

Los factores pol6ticos

Si es cierto que el reinado de don Alfonso representa un periodo de crisis interna del reino castellano, lo es tambi6n que tal crisis reaparecer6 muchas veces en un periodo de dos siglos, debido a la falta de estabilidad de los factores pol6ticos principales. El engrandecimiento territorial del reino y cierto desarrollo econ6mico (que dura hasta la crisis de mediados del siglo XIV) no llev6 consigo un

avance paralelo en lo político, o por lo menos el necesario equilibrio armónico entre los principales factores sociales, que eran la Corona, el ámbito jurisdiccional de los concejos, y los derechos y privilegios de los nobles.

De un lado, las ideas propias o derivadas del derecho romano, cuyo estudio se hacía en las nacientes universidades por parte de los «sabidores del derecho», suscitó una acentuación del sentido absolutista de la monarquía, concentrando en el rey todos los poderes del Estado; ello iba en contra de la descentralización existente, que concedía amplia jurisdicción a los Concejos, y también grandes poderes a la nobleza en sus demarcaciones dominicales o señoríos, frente al poder real, que quedaba así muy disminuido.

Indudablemente, el factor que condicionaba más la política y los poderes del rey era el estamento nobiliario, de enorme influjo social, cuyo orgullo de casta fomentaba el espíritu autonómico de sus señoríos. La nobleza tenía plena conciencia de su propio valer y de su poder frente al del rey, que se ponía de relieve en tiempo de guerra, donde sus huestes y su colaboración eran indispensables.

Estaba claro que los reyes necesitaban de la nobleza. Pero les era necesario atemperar su poder, y a esto se oponían los interesados, amenazando con la desobediencia e incluso abierta rebeldía para conservar su privilegiada posición.

El factor municipal era también muy importante, aunque menos peligroso para la hegemonía del poder monárquico, pues los concejos buscaban con frecuencia en el rey un amparo o poder moderador frente a la nobleza. Las villas realengas debían toda la relativa autonomía a fueros y concesiones regias, y ello les vinculaba estrechamente a la Corona, con la que hacían causa común frente al poder señorial, que intentaba interferir la actividad de los concejos ocupando, directa o indirectamente, cargos importantes. Sin embargo, los concejos no siempre fueron fáciles de manejar por la autoridad regia, y precisamente en tiempo de Alfonso el Sabio algunas ciudades y villas formaron hermandad con los nobles, frente al rey, para la defensa de sus respectivos privilegios.

La situación política del reino requería unas sobresalientes condiciones personales del monarca, y rodearse de colaboradores y consejeros muy fieles y eficientes. El rey, para realizar sus aspiraciones, se veía obligado a usar una sagaz diplomacia. Los procedimientos punitivos de la época, tan duros y sanguinarios, eran de dudosa eficacia; el Rey Sabio los aplicó de manera tan cruel como después lo hizo Sancho IV, y sin embargo, tales escarmientos con

frecuencia agravaban el mal en vez de aminorarlo, tal como ocurriría después en tiempo de Pedro I.

La crisis política

Tales problemas, que hemos esbozado, se hicieron más urgentes hacia la mitad de su reinado, precisamente en un momento de felicidad familiar del monarca, con motivo de la boda de su hijo mayor, el infante don Fernando (el llamado de la Cerda) con su pariente doña Blanca, hija de san Luis, rey de Francia. Esto ocurrió en Burgos en 1269, y aquellas bodas tuvieron un inusitado esplendor, con asistencia de muchos miembros de las familias reinantes en Europa, incluida la emperatriz de Constantinopla.

El repoblamiento de Andalucía empobreció a muchos nobles castellanos en sus antiguos señoríos, medio despoblados. Estalló entonces una importante conjuración nobiliaria, encabezada por un hermano del rey, el infante don Felipe, casado con una sobrina de don Nuño González de Lara. Otros cabecillas eran el señor de Vizcaya, don Lope Díaz de Haro, y don Esteban Fernández de Castilla. Este partido presentó al rey sus pretensiones, sobre todo el derecho a castigar los agravios de los merinos, corregidores y pesquisidores del rey. A todo esto, Alfonso X salía para Francia, obstinado en sus pretensiones imperiales. Rápidamente el rey buscó mediadores entre él y la nobleza, pero no hubo avenencia. Muchos ricoshombres castellanos se desnaturalizaron del reino y se acogieron a la corte del rey de Granada. Este, sintiéndose amenazado, pidió ayuda al rey de Fez, sultán de los benimerines, prometiéndole, si acudía en su ayuda, entregarle las fortalezas de Tarifa y Algeciras.

Los últimos siete años de vida y reinado de don Alfonso fueron desastrosos. La reina doña Violante marchó a Aragón con sus nietos, hijos del fallecido don Fernando de la Cerda. Fue entonces cuando el rey mandó matar a su propio hermano el infante don Fadrique y al señor de los Cameros, sin duda por sospechar que habían aconsejado a doña Violante su fuga a Aragón. Poco tiempo después mandaba ahorcar al judío don Zag de la Malehá, almojarife mayor, por enviar dinero a la reina.

La política del monarca, cada día más débil y tortuosa, le llevó a un casi total desprestigio y al enfrentamiento abierto con su hijo, el futuro Sancho IV. La guerra sucesoria fue una de las páginas más tristes y dolorosas de la historia castellana medieval. Desamparado de casi todos, don Alfonso se alió con sus mayores enemigos,

entre ellos el sultán de Fez Aben Yúsef y su ejército de benimerines. Todo aquel triste proceso acabó con la muerte del rey, en abril de 1284, fecha que conmemoramos.

[Omitimos la segunda parte del discurso, dedicada a resumir la obra y mecenazgo cultural de Alfonso el Sabio.]

Señoras y señores: Hemos hablado de la persona de Alfonso el Sabio y de su tiempo, de su entorno social y político, de su gran obra cultural. En toda nuestra historia, ningún monarca ha hecho más por elevar la cultura patria que nuestro toledano Alfonso X. Por otra parte, es un caso evidente de la inadaptación del intelectual a la vida activa. Falló en el «fecho del Imperio», pero fue, en medio de la historia europea del siglo XIII, el gran *emperador de la cultura*, como le llama Angel Valbuena. Para este ilustre maestro, tal inadaptación era inevitable, porque estaba formado para un orden distinto; no es literalmente verdadera la frase acuñada por Mariana en el texto latino de su *Historia: Dumque coelum considerat observatque astra, terram amisit (Mientras estudia el cielo y contempla los astros, se olvidó de la tierra)*. Alfonso X no descuidó los quehaceres del mando, si bien fue en ellos equivocado e inhábil.

Es muy cierto lo que dicen, en su semblanza del Rey Sabio, Antonio y Pío Ballesteros: «Era Alfonso un príncipe no ajeno a las andanzas de la guerra, de espíritu extraordinario, amante de las bellas letras, cultivador de las ciencias; y, sobre todo, un hombre de su tiempo, que si realizó en España una obra colosal, es tan sólo el representante del renacimiento intelectual del siglo XIII, la época de las universidades, de la Escolástica, de los trovadores provenzales, de la poesía alemana y de las Cruzadas de San Luis.» En efecto, fue una recapitulación cabal y entera de la Europa de su tiempo. Su corte, donde se rodeó de sabios de varios credos y procedencias, fue ejemplo de sistematización de la cultura, de tolerancia, de estudio y creación. Se ha dicho que en el siglo XIII hubo en Europa cuatro cosas irrepetibles, cuatro obras geniales: la arquitectura gótica, la *Summa Theologiae* de Santo Tomás de Aquino, el Dante y las *Siete partidas* de Alfonso el Sabio. Parece muy justo hablar así.

JOSE CARLOS GÓMEZ-MENOR

Numerario